

Hace medio siglo

LA ESCUELA DE FRANKFURT

LA Escuela de Frankfurt se nos presenta, en la actualidad, con un carácter confuso que no es ajeno al montaje de la llamada industria cultural. Ciertamente, hemos podido ver citados con relativa frecuencia, y en los medios de información más dispares, los nombres de T. W. Adorno, M. Horkheimer, E. Fromm y, sobre todo, la ya archipopular figura de H. Marcuse; últimamente incluso se publican las obras de ese extraño y trágico personaje que fue W. Benjamin. Si a esto añadimos la supuesta influencia que sus ideas —según se nos dice— han ejercido sobre movimientos estudiantiles occidentales y grupos "contraculturales" de diversa índole, debemos ya partir convencidos de la necesidad de una actitud "prevenida" y "crítica". Previsión que nunca lo es frente a un pensamiento y su posible incidencia, sino frente a los clichés elaborados con el pretexto de la "divulgación", y que realmente canalizan una respuesta a modo de interrogante. No hay, sin embargo, entuerto intelectual que no consiga deshacerse con el sensato intento de una lectura directa del pensamiento en cuestión, lo que excepcionalmente es posible en nuestro país por la publicación de una gran parte de los escritos de la Escuela de Frankfurt. En este intento de "clarificación" es también especialmente oportuna la aparición de obras como la de M. Jay, "La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt" (1), cuyo objeto principal es, al margen de interpretaciones, ofrecernos una cuidada y meticu-

losa información de todos los personajes, acontecimientos e ideas que se relacionaron con la Escuela de Frankfurt.

La Escuela de Frankfurt se constituyó en el marco de la Alemania derrotada de los años veinte. En un brevísimos esbozo, se podría aludir a la frustración como elemento determinante de la Alemania de la posguerra. Frustración política para las derechas, que veían hundirse el orgullo nacional tras el humillante Tratado de Versalles (el «Alemania pagará»), desaparecer el papel de Alemania como potencia mundial y la inminencia de una fuerte crisis que amenazaba con un posible cambio revolucionario. Frustración de las izquierdas, que, tras el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht el 15 de enero de 1919, vieron esfumarse las últimas esperanzas de ese cambio revolucionario, por obra y gracia del oportunismo de la propia socialdemocracia. Y por todas partes, una actitud reivindicativa acompañada por una clara conciencia de que los esquemas ideológicos y estratégicos tradicionales resultaban ya inservibles. Semejante situación condicionó la aparición de actitudes críticas que, en lo que se refiere al pensamiento de izquierda, que es el que puede afectar a la Escuela de Frankfurt, se dirigían a una reprobematización del «marxismo oficial»: toda la «mística» y el «dogmatismo» que la ortodoxia encerraba bajo la máscara de «frío análisis» estaba en flagrante contradicción con lo vivido en Alemania, en la que gobernaba la socialdemocracia sobre los cadáveres de los dos lúcidos y honestos revolucionarios alemanes, los ya mencionados Rosa Luxemburg y K. Liebknecht. Por otra

parte, la opción del partido comunista estaba absolutamente dependiente del modelo y las exigencias del partido soviético («compromiso internacional» a cualquier precio), traicionando de esta manera las exigencias que en él tenían puestas los revolucionarios radicales: «El cisma que dividió el movimiento obrero de Weimar entre un partido comunista (KPD) bolchevizado y un partido socialista (SPD) no revolucionario ofrecía un triste espectáculo para quienes todavía mantenían la pureza de la teoría marxista» (2).

La creación de la Escuela de Frankfurt tuvo como origen precisamente la reunión de una serie de intelectuales revolucionarios deseosos de obtener una «alternativa nueva» al margen de los «compromisos pactados». Naturalmente, esta alternativa iba necesariamente a consistir, en un principio, más en una indagación que en una respuesta; más en un esfuerzo especulativo que en un compromiso directo, o, mejor aún, lo que podría definirse como un compromiso directo con la especulación. Lo cual, en las mencionadas circunstancias, era algo mucho más radical que un puro intelectualismo. El rimbombante título de Escuela puede engañarnos sobre el carácter azaroso que presidió su fundación. Hemos hablado de una convergencia de jóvenes intelectuales de izquierdas, estudiantes o que acababan de dejar de serlo, como M. Horkheimer y F. Pollock, habría que aludir también al decisivo apoyo de F. J. Weil. Efectivamente, sin la aportación económica de este último, heredero de una incalculable fortuna, el proyecto no hu-

biera pasado de una conspiración brillante de un círculo inquieto. Esta oportuna financiación permitiría, por lo demás, la independencia del futuro Instituto frente a la enseñanza oficial, mantenida práctica e ideológicamente hasta el retorno a Alemania Federal después de la segunda guerra mundial.

El Instituto se creó oficialmente el 3 de febrero de 1923, y tuvo como director inicial a Karl Grünner, que ocupó una Cátedra de Historia del Socialismo. La aportación de Grünner, prácticamente insignificante en un plano ideológico, serviría, no obstante, para la consolidación burocrática del Instituto. Realmente, lo que hoy conocemos como Escuela de Frankfurt está vinculado íntimamente a la biografía de Max Horkheimer, sustituto en la dirección de Grünner. La nueva dirección, oficialmente asumida en 1931, supuso una orientación diferente en el método y preocupaciones del Instituto. Horkheimer cambió el título de la Cátedra de Historia del Socialismo por el de Filosofía Social y acentuó su carácter marxista y crítico. Este cambio nominal encerraba, en realidad, un cambio ideológico más profundo. Por de pronto, Horkheimer no concebía la posibilidad de una ciencia social al margen de condicionamientos históricos y resaltaba el papel de la psicología como elemento indispensable para la explicación de las relaciones individuo-sociedad. En una palabra, frente a la racionalización y legitimación de las ciencias sociales se proponía la creación de una teoría social de la racionalidad, posible desde reactualización de Marx, pero también de Hegel y Weber.

Esta labor de reactualización

(1) M. Jay, «La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt», Ed. Taurus, trad. J. C. Rutchet, Madrid, 1974.

(2) Op. cit., pág. 26.



Lukács proporcionó, con su reflexión marxista sobre Hegel, su concepción de la «totalidad concreta» y de la «praxis histórica».



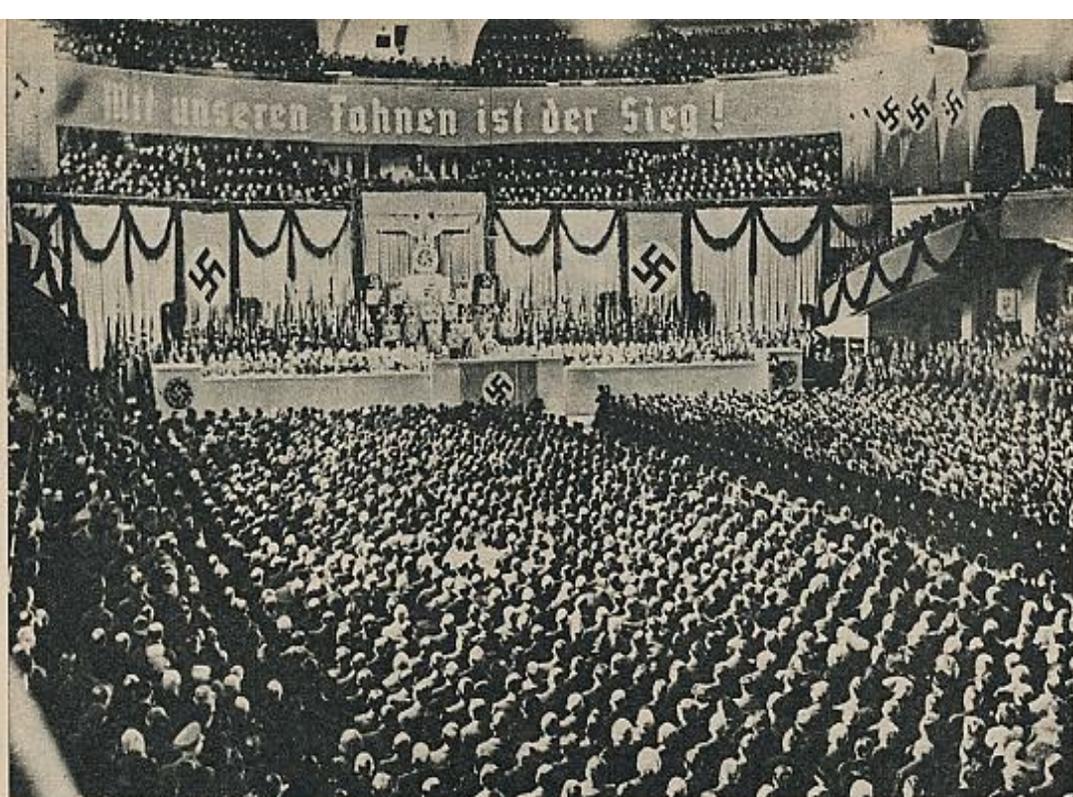
Marcuse, formado con Heidegger y en Hegel, encarnaría más ajustadamente la imagen del filósofo tradicional.



T. W. Adorno aportaría su extraordinaria sensibilidad para el estudio de los fenómenos estéticos.



Erich Fromm resultaría extremadamente útil a la Escuela de Frankfurt por su preparación psicoanalítica.



La subida al poder de los nazis el 30 de enero de 1933 supuso el cumplimiento de una de las amenazas que habían preocupado más a la Escuela y frente a la cual iba dirigida la casi totalidad de su actividad.

Francisco Calvo Serraller

tuvo, en la época, notables precedentes, entre los que resulta imprescindible destacar el papel desempeñado por la obra «Historia y conciencia de clase», de G. Lukács. Ciertamente, Lukács, con su reflexión marxista sobre Hegel, su concepción de la «totalidad concreta» y de la «praxis histórica», proporcionó muchos de los instrumentos intelectuales básicos entre los que se moverán inicialmente los pensadores de la Escuela de Frankfurt. La crítica lukacsiana se dirigía contra los «dualismos irresolubles» que había planteado el pensamiento alemán de fin de siglo, sus categorías suprahistóricas y

sus «absolutos» contrapuestos, pero también contra la tentación de positivismo que había contagiado a ciertos autores marxistas. La adhesión al marxismo no supone una «fe» que anule la crítica, sino esencialmente un «método», pero un método revolucionario, puesto que pretende unificar totalmente la teoría con la praxis. Se trata de desarrollar la esencia práctica de la teoría a partir de la teoría y de las relaciones que ésta establece con su objeto. La constitución de esta unidad, conseguida por Lukács al considerar al proletariado como sujeto y objeto de la Historia, no se explica si no es a través de un concepto subyacente, que es el de «totalidad concreta». Para Lukács el conocimiento de los hechos no es conocimiento de la realidad hasta que no esté integrado en el contexto de la totalidad.

En realidad, el esfuerzo de Lukács, al margen de sus formulaciones concretas, resulta tremendamente sugestivo, por su intento de recuperar una concepción global—totalizadora—de la realidad y convocar, por ello mismo, la posibilidad de un nuevo ejercicio de pensamiento crítico. La deuda de la Escuela con Lukács sería, por consiguiente, decisiva más por la actitud que inspira su libro que por la oportunidad de sus opiniones, aunque el propio Lukács, apostando posteriormente por las segundas, pudiera «rectificar» a instancias de la disciplina partidista. Para la Escuela, Lukács era, como también lo serían K. Korsch y E. Bloch, la posibilidad de una revitalización del pensamiento marxista, posibilidad que se cum-

plía, naturalmente, desde Marx y desde sus fuentes, fundamentalmente Hegel.

Hoy en día quizá resulte difícil apreciar en su verdadera dimensión el valor intelectual de la otra gran fuente que inspiró la investigación de la Escuela en sus primeros años: el psicoanálisis. A pesar de las inmensas posibilidades que ofrecía el método freudiano, si exceptuamos el caso aislado de W. Reich, se puede considerar a la Escuela de Frankfurt como una de las primeras en intentar fusionar el pensamiento de Marx y Freud. Evidentemente, casos como el de la Alemania nazi eran producto de unas condiciones determinadas dentro del desarrollo capitalista, pero un planteamiento exclusivamente economicista jamás podría dar cuenta del feroz irracionalismo y violencia que semejante sistema produjo. El problema del irracionalismo, por otra parte, resultaba inexplicable para la Escuela de Frankfurt sin su obligada contextualización en la «historia» y «prehistoria» de la civilización. La Escuela de Frankfurt concebía la relación individuo-realidad como una compleja gama de mediaciones en las que son posibles una multiplicidad de estímulos y respuestas. «En cierto sentido cada percepción es una proyección» (3). Esta proyección es una herencia que se remonta a la Prehistoria animal—«un mecanismo al servicio de la defensa y de la comida», un modo peculiar de reaccionar que tienen las especies animales supe-

riores. En el fondo de ésta se inscribe el temor, «al igual que otras funciones agresivas y defensivas que se han convertido en reflejos». El desarrollo intelectual se realiza a cargo de esta instintividad reprimida, «petrificada». Subyace, en el progreso histórico de la racionalidad, agazapada en la vida afectiva, vida afectiva que, por lo demás, el hombre debe progresivamente aprender a dominar, al socaire del creciente control que tiene que realizar sobre la producción. La patología de la proyección no tiene su significación en sí misma: es la incapacidad de incorporar el elemento reflexivo que permite al sujeto «restituir al objeto lo que ha recibido de él». La teoría psicoanalítica nos ha proporcionado unos análisis muy precisos sobre los mecanismos de esta proyección morbosa y su trascendencia social. En última instancia la esencia de ésta es «el traslado al objeto de impulsos socialmente prohibidos por el sujeto». El yo, comprimido por el *super yo*, proyecta sobre la realidad los impulsos provenientes del *ello*. De esta manera «consigue» liberarse, «ya sea —en la fantasía— como identificación con el presunto malvado, ya sea —en la realidad— como pretensión de legítima defensa» (4).

Este compromiso del Instituto con el pensamiento crítico y su intransigencia con cualquier tipo de pacto atrajo la colaboración de jóvenes pensadores extraordinariamente valiosos. Así, prestigiosos nombres como K. A. Wittfogel, F. Borgenau y J. Gumperz, mediatizados, sin embargo, por la disciplina al partido comunista alemán, fueron sustituidos por Leo Lowenthal, T. W. Adorno y, en 1932, por H. Marcuse. La parecida experiencia política radical de estos tres nuevos colaboradores encajaba con los deseos de renovación de la Escuela, pero, además, su «distinta» experiencia intelectual se avenía a la perfección al carácter interdisciplinario que se pretendía. Así, Lowenthal se dedicaría al estudio de los condicionamientos económicos de la sociedad capitalista, T. W. Adorno aportaría su extraordinaria sensibilidad—procedía de medios musicales de vanguardia—para el estudio de los fenómenos estéticos (al margen de su capacidad filosófica, que le convierte en el miembro más dotado de la Escuela y en uno de los más grandes pensadores del siglo), finalmente, H. Marcuse, formado con Heidegger y en Hegel, encarnaría más ajustadamente la imagen del filósofo tradicional. Dentro de este mismo espíritu, habría que señalar las excepcionales colaboraciones de E. Fromm extraordinariamente útil por su preparación psicoanalítica, aun por aquel entonces, sin apuntar su revisionismo y anti-freudismo que le significaría posteriormente, Walter Benjamin («recuperado» de su marginamiento académico), Sigfried Kracauer, etcétera.

(3) M. Horkheimer y T. W. Adorno, «Dialéctica del Iluminismo», Ed. Sur, Buenos Aires 1971, pág. 221.

(4) M. Horkheimer y T. W. Adorno, op. cit., pág. 227.



Benjamin, cuya obra se está publicando ahora en España, se suicidaría en la frontera franco-española.

Funde la

METRO·JOSE PEREZ



mañana mismo

O la Metro - José Rodríguez, o la Metro - como - usted - se - llame.



¡Empiece la sensación del séptimo arte! ¡Comience lo que puede ser con el tiempo el mayor imperio del cine! SU PROPIA PRODUCCION. (Cómprase o hágase regalar una Motocámara EUMIG Mini.) Ruede Ud. mismo escenas de amor a lo Rodolfo Valentino y Pola Negri. (Cómprase o hágase regalar una motocámara Eumig Mini.)

¡Desafie el peligro y ruede en plena cabalgada, a lo John Ford en «La Diligencia»! (Cómprase



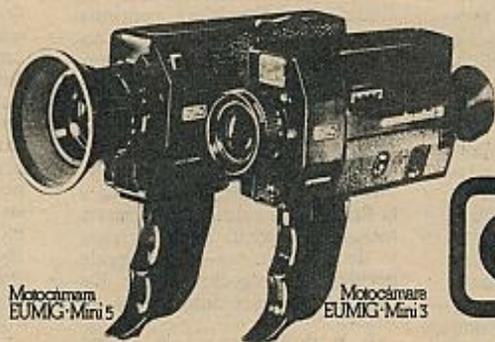
o hágase regalar una motocámara Eumig Mini.) ¡Atrévase con un genio interpretativo a lo Michael Piccoli!

(Cómprase o hágase regalar una motocámara Eumig Mini.)



Y es que si alguien le regala, o Ud. compra una Eumig Mini 3 o Eumig Mini 5, gozará de todas las ventajas de las cámaras grandes en una cámara auténticamente Mini, y podrá hacer todo lo que hemos dicho, más rodar bellos planos a su mujer, a sus hijos, a la tía María, y demás.

¡Gócela como nunca... haciendo cine!



Motocámara EUMIG-Mini 5

Motocámara EUMIG-Mini 3

eumig®

“Para hacer grandes películas ya no se necesitan grandes cámaras”

LA ESCUELA DE FRANKFURT

La subida al poder de los nazis el 30 de enero de 1933 supuso el cumplimiento de una de las amenazas que habían preocupado más a la Escuela, y frente a la cual iba dirigida la casi totalidad de su actividad. El propio M. Horkheimer define así el contenido de esta etapa: «Hacia el final de la década del veinte, y ciertamente al comenzar la década del treinta, estábamos convencidos de una victoria nacional-socialista, como también del hecho de que podría combatírsela sólo mediante acciones revolucionarias. No creíamos en aquel tiempo que fuera a producirse una guerra mundial. Pensamos que habría un levantamiento en nuestro propio país, y esta fue la causa de que el marxismo cobrara una significación decisiva para nuestro pensamiento» (5).

Con Hitler en el poder la consecuencia lógica y necesaria para la Escuela fue el exilio. M. Horkheimer apareció en las primeras listas de intelectuales alemanes perseguidos por el nuevo régimen. Las razones políticas de este exilio parecen obvias, pero además se agravaban por la condición de judíos de la mayoría de sus miembros. El exilio lleva al Instituto a París, donde, con la protección del Centre de Documentation Sociale, continúa sus publicaciones, entre las que hay que destacar el colectivo titulado «Estudios sobre la autoridad y la familia», que marca el final de toda la primera época de la Escuela, y cuyo título es lo suficientemente expresivo de la preocupación por el análisis sociológico y psicológico de la génesis y comportamiento de la personalidad autoritaria.

La segunda guerra mundial condicionó nuevamente el traslado del Instituto a Estados Unidos y produjo los primeros síntomas de disgregación física e intelectual de sus miembros. Citemos la patética pérdida de W. Benjamin, que se suicidaría en la frontera franco-española, víctima de la persecución nazi. Pero de los supervivientes de la Escuela en América sólo unos cuantos perpetuarían el espíritu de la primera época. Una vez instalado el Instituto en Washington, Horkheimer consigue fácilmente apoyos, que le permiten, aparte de un puesto en la Universidad de Columbia, la publicación de la revista «Studies in Philosophy and Social Science». La estancia americana supone una nueva orientación, ya que la estructura social con la que ahora se enfrentaban —una estructura liberal-capitalista en el seno de una sociedad masificada— ofrecía peculiaridades específicas, dife-

rentes a las que habían vivido en Alemania. El apoyo material que la Escuela recibió en los Estados Unidos no fue el exponente de una verdadera penetración. En realidad el método sociológico de la Escuela chocaba con el positivismo imperante de la sociología americana y su concepción funcional y pragmática del intelectual. Por si fuera poco, la pretensión de seguir escribiendo en alemán, que tenía por objeto preservar el idioma de la bastarda manipulación de la propaganda nazi, contribuyó al definitivo aislamiento.

Finalizada la guerra sólo algunos de sus miembros regresarían a la Alemania Federal, en el intento de reconstitución oficial del Instituto (Horkheimer, Adorno, Pollock) Marcuse, Lowenthal y Fromm permanecerían, sin embargo, en América. Esta separación fue, por lo demás, el síntoma de otra separación ideológica más profunda. Por ello resultan absurdas algunas de las generalizaciones que se leen en la actualidad sobre el pensamiento de la Escuela, precisamente por ignorar esta separación. El caso más notable, aunque no el único, es el de H. Marcuse, cuyo naturalismo revolucionario del período americano traiciona muchos de los presupuestos del pensamiento de la Escuela. Por otra parte, y al margen de la «oficialización», es en Alemania donde existe una continuidad organizada del Instituto, que en los últimos años aporta nuevos nombres, como los de J. Habermas, W. F. Haug, R. Reiche y K. Horn.

Quisiera acabar este artículo de carácter informativo con un párrafo de la carta que un M. Horkheimer —ya anciano y retirado— escribe a M. Jay, porque lo considero como uno de los mejores resúmenes de la actitud y el sentido de la trayectoria intelectual de la Escuela de Frankfurt: «La reflexión sobre los sistemas políticos nos enseñó más bien que era necesario, como ha expresado Adorno, "no pensar en las apelaciones a lo absoluto como verdaderas y no obstante no deducir nada de la apelación al concepto enfático de la verdad". La apelación a un mundo completamente otro (*ein ganz Anderes*), distinto a éste, tenía primariamente un impetu filosófico social. Finalmente condujo a una evaluación más positiva de ciertas tendencias metafísicas, porque el "todo (empírico) es lo no verdadero" (Adorno). La esperanza de que el horror terrenal no posea la última palabra es seguramente un deseo no científico» (6). ■ F. C. S.

(5) M. Jay, op. cit., pág. 10.

(6) M. Jay, op. cit., pág. 10.

4 testimonios de la historia viva



SON LIBROS
DOPESA
DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

¡ya está a la venta!



EL LIBRO POLEMICA ANTES DE SU APARICION

El llanto del recién nacido ¿no es acaso símbolo del dolor?

¿Podemos evitar el sufrimiento de los niños al nacer?

El doctor Frédérick Leboyer ha iniciado...



con su método, el camino que va a paliar no sólo el dolor del nacimiento sino también la psicología del nuevo ser.

Este es su famoso libro que tanta polémica suscita en estos momentos.

475 pts.

Vd. debe conocer este libro